

Estudios Interdisciplinarios de Historia

ANTIGUA IV

Cecilia Ames
Marta Sagristani

(compiladoras)



De Herkhuf a Ankhtifi: autobiografías y lógicas sociales en el valle del Nilo hacia finales del III milenio a.C.

Marcelo Campagno

Universidad de Buenos Aires-CONICET

El “caos”

A caballo de viejas percepciones historiográficas y a partir de un modo al menos ingenuo de interpretar las fuentes históricas, la egiptología tradicional abrazó la idea de que la historia egipcia estaba jalonada por varios períodos “oscuros”, el primero de los cuales constituía una verdadera *dark age*. Se trataba de la época que coincide *grosso modo* con los últimos dos siglos del III milenio a.C., a la que se denominó Primer Período Intermedio, y se concibió como una fase interpuesta entre dos épocas aparentemente más plenas: las del Reino Antiguo (2700-2200 a.C.) y del Reino Medio (2000-1750 a.C.). Ciertos textos de este último período –las Lamentaciones de Ipuwer, la Profecía de Neferti– hablaban de un tiempo anterior que había sido una suerte de monstruoso “mundo al revés”, en el que el orden social se hallaba completamente subvertido. Con base en estos textos, y en combinación con algunos textos de la época en cuestión –especialmente, ciertas autobiografías de los jerarcas locales– y otros más tardíos –como la Enseñanza para Merikara– se llegó a elaborar un cuadro dramático, en el que la hambruna generalizada, las violentas invasiones de los asiáticos y la revolución social encabezada por un iracundo “proletariado” habían arrasado con todo lo conocido con anterioridad¹.

En tiempos más recientes, los especialistas fueron abandonando estas percepciones, admitiendo que ese cuadro general estaba demasiado basado en representaciones que correspondían al modo egipcio de referir al caos y al modo en que éste había sido suprimido por los monarcas del Reino Medio. Es cierto que muchos de ellos parecen tener cierta nostalgia respecto del empleo de esas imágenes calamitosas que sus predecesores habían elaborado, y aún gustan de caracterizar el final del Reino Antiguo en términos de “caída”, de “colapso” o de “desastre”, que parecen aplicables a todo lo que sucedía en la época². Sin

¹ Considérese, a modo de ejemplo, la descripción del período que proponen Drioton y Vandier (1964 [1952], 183): “La invasión extranjera y la guerra civil se abatieron sobre Egipto [...] La situación de Egipto, en esa época, era trágica. El pueblo aprovechaba la anarquía existente para cumplir lo que se ha denominado «la revolución social». Los nobles fueron desposeídos por la plebe; el terror reinaba en todas partes, ninguna persona osaba emprender iniciativas, los campesinos no cultivaban la tierra y era inútil que el Nilo cumpliera sus crecidas, pues nadie trabajaba y el hambre se agregaba a los males precedentes”. En similar sentido, cf. Vercoutter (1986 [1965], 256; Wilson (1988 [1951], 160).

² Las alusiones dramáticas son actualmente más frecuentes en textos de divulgación, incluso elaborados por especialistas (cf., por ejemplo, Hassan 2012, donde se habla del “desastroso colapso de la monarquía”; http://www.bbc.co.uk/history/ancient/egyptians/apocalypse_egypt_01.shtml). En los últimos tiempos, sin

embargo, también existe una tendencia a comprender el Primer Período Intermedio como una época de cambios que no configuran ninguna catástrofe generalizada pero sí pueden ser interpretados en términos de *crisis*. En efecto, si los indicadores de una grave crisis social en el paso del Reino Antiguo al Primer Período Intermedio brillan por su ausencia o resultan más que sospechosos, hay un sentido específico en el que aún es posible hablar de crisis: se trata de la crisis del dispositivo político estatal centralizado en la corte real, que se había constituido en los umbrales de la Dinastía I, con la unificación del territorio comprendido entre la primera catarata del Nilo y el mar Mediterráneo. Se trata, en este sentido, de un proceso de fragmentación política en el marco del cual se asistiría a una creciente merma de la potencia de intervención de aquel dispositivo estatal central –así como a una variación en sus modos de simbolización–, dando lugar a la autonomización de ciertos núcleos regionales, y a una serie de conflictos entre algunos de estos núcleos, que se extendería hasta la estabilización de un nuevo escenario centralizado a partir de los reyes tebanos que darían comienzo a la Dinastía XI³.

Ahora bien, así definida, esa crisis implica que deja de reproducirse un dispositivo estatal que había sido central para la articulación social en el valle del Nilo durante siglos. ¿Cómo incide entonces ese proceso de fragmentación en las principales dinámicas sociopolíticas existentes? Para muchos autores que han considerado estos períodos, a pesar de enfatizar el “colapso” del Estado, parecería tratarse de una mera reducción de escala, en la medida en que se sostiene que la fragmentación desemboca en la constitución de pequeños Estados regionales. Así por ejemplo, Joseph Tainter indica que, a finales del Reino Antiguo, “la autoridad política del rey declinó a medida que se alzaba el poder de los gobernantes provinciales y la riqueza de la nobleza administrativa [...] En 2181 a.C. la Dinastía VI terminó y el Reino Antiguo colapsó; la unidad nacional se desbarató, emergieron varios pequeños Estados (*statelets*) independientes o semi-independientes, y hubo muchos gobernantes y generalmente cortos reinados”⁴. Para Guillemette Andreu: “Aquí y allá, ciertos reyezuelos (*kinglets*) asumieron el título de Rey del Alto y el Bajo Egipto, liderando los

embargo, las referencias al “colapso de las civilizaciones” también se han multiplicado en el ámbito estrictamente académico: cf. Tainter (1988); Diamond (2005); perspectivas críticas en McAnany y Yoffee (2010).

³ Por cierto, al señalar el carácter principalmente político de la crisis, no se sugiere que los cambios que tienen lugar durante el Primer Período Intermedio acontezcan únicamente en el ámbito de las prácticas políticas sino que sólo en este ámbito puede determinarse un contexto de *crisis*. Sobre las características del período según perspectivas egiptológicas más recientes, cf. Daneri (1992); Franke (2001, 526-532); Seidlmayer (2001, 118-147); Moreno García (2004, 271-300; 2009, 181-208).

⁴ Tainter (1999, 1006-1007).

pequeños Estados (*little states*) que ellos habían forjado para sí mismos”⁵. También Barry Kemp parece concebir el problema de un modo parecido, cuando considera que, durante el Primer período Intermedio, el nomarca Ankhtifi de Hieracópolis, “habiéndose apoderado de tierras, estuvo, por un breve período, gobernando en efecto un Estado en miniatura (*a miniature state*)”⁶.

Otros autores parten de consideraciones en cierto modo opuestas. En efecto, para ellos, aquel “colapso” del Reino Antiguo es generador de novedades en las dinámicas sociopolíticas dominantes. Para algunos de ellos, entre los que sobresale Jan Assmann, el Primer Período Intermedio implica un cambio específico en la estructura social, definido por “la emergencia de un nuevo actor social: el patrón”. Tal novedad introduciría un “estrato intermedio” en el esquema social del Reino Antiguo, en el cual, según el autor, “el rey y su entorno (*clique*) ejercían un dominio absoluto sobre una masa inorgánica de súbditos”⁷. En similar sentido, Detlef Franke considera que es durante el Primer Período Intermedio cuando “las redes sociales se desarrollaron más allá de la familia nuclear y de la relación de amo y sirviente, al vincularse los seguidores a patrones locales por lazos recíprocos de seguridad por fidelidad, dependencia económica, y el ideal ideológico del buen pastor”⁸. Para Elen Morris, en cambio, parece tratarse de un proceso que, en cierto modo, re-edita las antiguas dinámicas pre-estatales. En efecto, aun pensando que lo estatal permanece durante el Primer Período Intermedio como una especie de “memoria viviente” (*living memory*), la autora considera que el proceso político de tal época es “análogo al que había existido inmediatamente antes de la primera formación del Estado” (p. 64), en el IV milenio a.C: “en ambas eras, la concentración de la gente en locaciones discretas, la emergencia de líderes fuertes, y –como era repetidamente proclamado durante el Primer Período Intermedio– una necesidad muy real de adquisición de tierra arable condujeron a la formación de alianzas y el fomento de hostilidades entre varias élites regionales”⁹.

Como habrá ocasión de advertir, todas estas miradas parecen insuficientes para considerar el problema de las dinámicas sociales de finales del III milenio a.C. en el valle del Nilo. Y, sin

⁵ Andreu (1997 [1994], 9).

⁶ Kemp (2006, 309). También Daneri (1992, 121).

⁷ Assmann (2002 [1996], 50). El análisis de la autobiografía de Ankhtifi corresponde a las pp. 94-105.

⁸ Franke (2001, 531). Respecto de la cuestión del patronazgo en el Primer Período Intermedio, cf. también Franke (2006, 159-185); Morenz (2009-10, 184).

⁹ Morris (2006, 68). De hecho, en p. 58 afirma que la fragmentación llega hasta niveles comunales: “Debido a la quiebra del gobierno fuertemente centralizado, las periferias se fragmentaron primero al nivel de las comunidades locales, cada una de las cuales se vio forzada a mirar internamente o a sus vecinos más cercanos para lidiar con los problemas y satisfacer sus necesidades básicas”.

embargo, tienen algo de razonable. En efecto, las percepciones en clave de continuidad organizativa de los nomos pone de relieve la cuestión de la vigencia de la lógica estatal. Las observaciones que señalan la emergencia de prácticas de patronazgo también apuntan a una lógica específica de producir lazo social. Y la alusión a una analogía con los tiempos pre-estatales permite pensar –aunque su autora no lo haga expresamente– en la principal lógica de organización social de tales tiempos, vale decir, la lógica del parentesco. Son esas tres lógicas –las que corresponden a lo estatal, lo patronal y lo parental– las que, desde la perspectiva que aquí se plantea, estructuran la existencia social en el Egipto de finales del III milenio a.C. Y es por ello que aquí proporcionarán la clave de lectura de los textos que serán analizados¹⁰.

Lo que este artículo propone es una consideración de dos conocidísimas autobiografías funerarias: las que proceden de los sepulcros de Herkhuf en Qubbet el-Hawwa¹¹ y de Ankhtifi en Mo'alla¹². Las actividades que refiere Herkhuf, alto funcionario del Alto Egipto con base en Elefantina, corresponden a los reinados de Merenra y Pepi II, a mediados de la Dinastía VI, c. 2300 a.C, esto es, una época de plena vigencia del dispositivo político estatal centralizado en la corte real menfita, que había cobrado forma hacía más de siete siglos. Los asuntos que describe Ankhtifi, jefe del nomo hieracompolitano probablemente a comienzos de la Dinastía IX de Heracleópolis, c. 2150 a.C., corresponden en cambio a una época en la que aquel dispositivo político centralizado había cesado. La posibilidad de comparar ambas autobiografías puede ser de interés, en primer lugar, porque se trata de dos de las más emblemáticas fuentes de cada uno de los períodos considerados, y constituyen, por tanto, dos textos clave en la construcción historiográfica de tales períodos. Y en segundo lugar, porque ambas fuentes corresponden, de hecho, al mismo género textual, de modo que el análisis comparativo opera sobre soportes estrictamente equivalentes. En tren de considerar tales textos, es dable suponer que los contrastes entre el Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio hayan dejado huellas en un tipo de textos cuya existencia atraviesa ambas épocas¹³. Así las cosas, ¿qué es lo que principalmente refleja el contraste entre las autobiografías de Herkhuf y de Ankhtifi? ¿Una continuidad básica, como escenario para un

¹⁰ La cuestión general de la importancia de lo parental, lo patronal y lo estatal para comprender la historia egipcia antigua, así como el enfoque analítico en términos de lógicas sociales, han sido consideradas en otros textos. Cf. Campagno (2006, 15-50; 2009a, 7-24; 2009b, 341-351).

¹¹ Cf. Urk. I, 120-131 (texto jeroglífico). Traducciones: Breasted (1962 [1906], 150-154, 159-161); Lichtheim (1973, 23-27); Strudwick (2005, 328-333).

¹² Cf. Vandier (1950) (publicación de la tumba y textos). Otras traducciones del texto: Schenkel (1965, 45-57); Lichtheim (1973, 85-86).

¹³ Acerca del contraste entre las autobiografías del Reino Antiguo y del Primer Período Intermedio, cf. Coulon (1997, 120-122).

cambio que sería meramente de escala? ¿Un cambio drástico, que supone la irrupción de una nueva forma de constituir el lazo social? ¿Un retorno a los tiempos sin Estado? Veamos qué se puede leer en los textos.

Lo estatal

Desde su emergencia en el valle del Nilo hacia mediados del IV milenio a.C., la lógica estatal se instituye como dinámica dominante en la estructuración social. En efecto, aquello que solemos llamar “Antiguo Egipto” es básicamente el espacio articulado por medio de esta lógica, que implica la instalación del monopolio legítimo de la coerción como parámetro constitutivo de toda una serie de prácticas decisivas, incluyendo la toma y la transmisión de decisiones políticas, así como la extracción de tributo. No sorprende que los testimonios de épocas fuertemente centralizadas como las que corresponden al Reino Antiguo refieran reiteradamente a tal lógica. Y esas referencias se hacen aún más explícitas cuando se trata de un tipo de textos como las autobiografías de los altos dignatarios, que definen su posición social principalmente en función de su pertenencia al ámbito estatal.

Si se considera la autobiografía de Herkhuf, ese sesgo fuertemente estatal es lo primero que se advierte con claridad. La membresía respecto del dispositivo estatal se expresa copiosamente, de diversas maneras. Ante todo, esto se hace inmediatamente visible en la titulación que Herkhuf presenta en ocho oportunidades (Urk. I, 120:14-15; 121:4-5; 121:9-10; 123:8-9; 123:12-15; 123:16-124:6; 127:16-17; 128:4) a lo largo de su autobiografía, a través de la cual el funcionario asume una identidad dominante en función de su pertenencia al aparato del Estado. Veamos un ejemplo:

El gobernante (HAty-a), compañero único, sacerdote lector, quien está en la cámara, pastor de Nekhen, jefe de Nekheb, tesorero del rey del Bajo Egipto, compañero único, sacerdote lector, supervisor de intérpretes, quien está a cargo de todos los asuntos de la Cabeza del Alto Egipto, quien está en el corazón de su señor, Herkhuf (Urk. I, 123:12-15).

Como puede notarse, este tipo de titulaturas combina posiciones ligadas al servicio político-administrativo (gobernante, jefe, supervisor, quien está a cargo de todos los asuntos) con otras que indican un lazo expreso con el monarca (compañero único, quien está en el corazón de su señor). Pero tanto unas como otras señalan –por la vía de la cadena de mandos o del contacto directo con la cúspide absoluta del dispositivo– que Herkhuf se encuentra a las órdenes del rey. Esto se advierte claramente en referencia a las principales acciones que el oficial refiere en su tumba: las expediciones hacia las regiones sureñas.

“La Majestad de Merenra, mi señor, me envió (hAb) [a Iam] [...] Su Majestad me envió por segunda vez [...]. Su Majestad me envió por tercera vez a Iam” (Urk. I, 124:9, 17; 125:13).

El rey *envía* a Herkhuf. No solicita, no propone: el rey ordena. Del mismo modo que Herkhuf lo hace respecto de quienes tiene a su cargo, por ejemplo, para mantener informado al monarca de sus actividades:

[Entonces yo envié un oficial con un hombre de] Iam al séquito de Horus, para hacer que la Majestad de Merenra, mi señor, supiera (rx) (Urk. I, 126:7-9).

En efecto, el rey exige saber. La autobiografía de Herkhuf abunda en ello, a partir de lo que se presenta como la transcripción de una carta del propio rey Pepi II, instruyendo especialmente a Herkhuf respecto del cuidado que ha de tener en el traslado de un pigmeo a la corte real (por ejemplo, le dice: *“haz diez inspecciones por noche”*, Urk. I 130:13) y comunicándole las órdenes que ha dado para garantizar con provisiones el retorno exitoso de la expedición:

Se han impartido órdenes (wD) a (cada) jefe de establecimientos nuevos, compañero y supervisor de sacerdotes para comandar que se tomen las provisiones que están a su cargo, del almacén de cada establecimiento y de cada templo; no hago ninguna excepción (xw) (Urk. I, 131:4-7).

La contrapartida esperable de las órdenes impartidas es la ejecución precisa de ellas. Herkhuf se ufana de haber realizado todo lo que el rey ha determinado realizar, desde la obtención de bienes hasta el despliegue de la violencia guerrera:

[Yo soy] quien trae todos los productos del extranjero a su señor [...], quien impone (wdj) el temor de Horus en las tierras extranjeras [...], quien hace lo que a su señor place (Urk. I, 123:17; 124:3-4).

Ésta es, en efecto, la condición del funcionario ideal, que transmiten las autobiografías del Reino Antiguo. La condición de un ejecutor que cumple prodigiosamente con los deseos del rey divino, lo que a cambio le reporta el reconocimiento del monarca:

Quienes escuchen lo que Mi Majestad ha hecho por ti dirán: ‘¿Hay algo igual a lo que se ha hecho por el compañero único Herkhuf cuando retornó de Iam, dado el celo (rsw) que puso en hacer lo que su señor ama, le place y ordena?’ (Urk. I, 129:10-14).

Ahora bien, ¿qué sucede, en esta línea, con la autobiografía de Ankhtifi? Ciertamente, para la época en que escribe el nomarca de Hieracópolis, la situación política había variado fuertemente. Esas órdenes como las que refiere Herkhuf, emanadas en Menfis y cumplidas en Nubia, ya no habrían podido ser siquiera formuladas. Pero la crisis del dispositivo estatal central, ¿implica una suerte de “retorno” a las dinámicas pre-estatales? ¿Implica, en cambio, una atomización por medio de la cual las dinámicas estatales continúan incambiadas a escala local o regional? Las referencias a la lógica estatal en la autobiografía de Ankhtifi permiten notar que aquella no se desvanece pero que tampoco produce un Estado “en miniatura”, en el que lo estatal pudiera operar con total autonomía respecto de lo que sucedería fuera de él.

Del mismo modo que sucede con la autobiografía de Herkhuf, el indicador más evidente de la existencia de una dimensión estatal en las inscripciones de Ankhtifi procede de las referencias a su titulación. En una decena de ocasiones (Inscr. 1, 5 [2 veces], 6, 7, 10, 11, 13, 15, 16.3), la evocación de las acciones que Ankhtifi había realizado durante su vida viene precedida de la mención de los títulos que había detentado. Veamos una de ellas:

El miembro de la élite (r-pat), gobernante (HAty-a), tesorero del rey del Bajo Egipto, compañero único, sacerdote lector, jefe del ejército, jefe de intérpretes, jefe de las regiones montañosas, gran jefe de los nomos de Edfu y de Hieracópolis, Ankhtifi (Inscr. 1).

Los paralelismos notables entre los títulos que menciona Ankhtifi y los anteriormente indicados por Herkhuf no da lugar a dudas acerca del hecho de que la autopresentación de Ankhtifi sigue un protocolo compatible con el utilizado por los altos funcionarios del Reino Antiguo cuando destacan su pertenencia al dispositivo estatal. Es cierto que estos títulos conviven ahora con otras referencias en las que Ankhtifi se autocalifica de “bravo” (nxt) y de “héroe” (TAy), lo que destaca –como veremos a continuación– su posición autónoma de patrón. Pero no es menos cierto que son copiosas las referencias a un tipo de títulos que sólo cobran sentido en el marco de la lógica estatal. Por cierto, podría pensarse que esos títulos, o algunos de ellos, pudieran haber perdido su sentido primario y que, en tiempos de Ankhtifi, sólo implicasen una calificación “honorífica”. Pero en tal caso, la argumentación sólo se desplaza un paso: en efecto, si no se tratara de cargos efectivamente ejercidos, el sistema de referencias honoríficas habría seguido operando según los criterios de exaltación propios del Reino Antiguo, en los que lo decisivo era la inserción en el dispositivo social presidido por el rey-dios.

Precisamente, el monarca divino no se halla totalmente ausente en el escenario que plantea Ankhtifi. Una breve inscripción asociada a una de las pinturas murales de la tumba señala:

Horus trae el Nilo (= la inundación) para su hijo Neferirkara (Inscr. 16.18).

Es cierto que se trata de una inscripción marginal en el conjunto mortuario. Pero es muy significativa, en más de un sentido. Por un lado, con independencia de las discusiones acerca de su identidad específica¹⁴, la mención a un rey Neferirkara es decisiva porque implica que Ankhtifi reconoce que la monarquía existe por fuera del nomo hieracopolitano que él dirige. Por otro lado, el hecho de que la única mención al rey remita al contexto divino y a la consecución de la inundación, sugiere, como apunta Stephan Seidlmayer, que el monarca es mencionado “en su rol sagrado como mediador entre la sociedad humana y las fuerzas de la naturaleza”¹⁵. ¿Podría interpretarse esta referencia como un reconocimiento del carácter sagrado pero no necesariamente estatal del rey? Posiblemente. Seidlmayer señala, en este punto, que el rol político del rey “había sido asumido por otras autoridades”¹⁶. ¿Qué autoridades? Si se relee la inscripción, es Horus quien garantiza la inundación para el rey. Otra de las inscripciones de la autobiografía también pone en el centro de la escena a la misma divinidad, pero en un plano mucho más político:

Horus me trajo al nomo de Edfu por vida, prosperidad y salud, para restablecerlo [...] Horus deseaba restablecerlo, y me trajo a mí para restablecerlo (Inscr. 2).

Ankhtifi describe entonces el estado de abandono en el que halló a su nomo vecino, y cómo obró para recuperar el orden allí. Lo que interesa destacar aquí es que el nomarca de Hieracópolis interviene en Edfu no por su propia cuenta sino por orden de Horus, en calidad de autoridad política. Podría especularse aquí acerca de la importancia de Horus en estos nomos sureños, o acerca de la caracterización del rey como un personaje sagrado que no ejerce el poder político, pero lo importante es el hecho de que las prácticas de la realeza – tanto cósmicas como políticas– aparecen como ejercidas desde fuera. La potencia de Ankhtifi, que el nomarca remarca a lo largo de su autobiografía, no niega la existencia de otro poder, que rige en una escala más amplia, y al que Ankhtifi acude como instancia que legitima su posición y su accionar. Esto mismo sucedía con Herkhuf, aunque allí la dimensión cósmica y

¹⁴ Al respecto, cf. Vandier (1950, 35-40); Spanel (1984, 87-94); Daneri (1992, 70).

¹⁵ Seidlmayer (2001, 131).

¹⁶ Seidlmayer (2001, 131).

política de lo estatal se hallaban claramente unidas en la figura de los monarcas menfitas a los que responde el funcionario¹⁷.

Lo patronal

Permanezcamos analizando la autobiografía de Ankhtifi. De acuerdo con lo que indicábamos en el inicio, Jan Assmann y otros autores sugieren que el patronazgo es una dinámica social que se establece en el Primer Período Intermedio. De hecho, el análisis de Assmann para ilustrar este punto opera precisamente sobre la autobiografía de Ankhtifi, en tanto tales inscripciones constituirían, según el autor, uno de los mejores testimonios para la caracterización de esa nueva “estructura social” patronal. En efecto, las inscripciones autobiográficas del Primer Período Intermedio enfatizan la capacidad autónoma de acción de los dignatarios y ensalzan sus figuras no ya por haber gozado del favor real, como es norma durante el Reino Antiguo, sino por cualidades propias tales como la bravura, la sabiduría y la generosidad. Se trata de cualidades que asocian al poderoso local no tanto con una autoridad superior sino más bien con aquellos que de él dependen. Consideremos un ejemplo de cómo describe Ankhtifi su propia potencia:

Yo soy el comienzo y el fin de la gente; quien encontraba qué decir cuando hacía falta, al frente de la tierra, debido a mi profunda determinación; de palabra hábil y corazón firme en el día de la unidad de los nomos. Yo soy un héroe sin igual (Inscr. 3).

Esa fuerza autónoma del nomarca aparece, en varias ocasiones, orientada hacia la protección del necesitado:

Yo di pan al hambriento, ropas al desnudo, ungüento a quien no tenía, sandalias al descalzo; di mujer a quien no la tenía. Yo hice vivir a (las ciudades de) Hefat y Hormer [...] Nunca permití que hubieran muertos de hambre en este nomo (Inscr. 10). Yo rescaté al débil del poderoso, escuché la palabra de la viuda (Inscr. 13).

Ahora bien, esas acciones de protección, de las que Ankhtifi se jacta a lo largo de su autobiografía, no son sin contrapartida. Como conviene a los lazos de reciprocidad asimétrica que caracterizan a las prácticas de patronazgo, los beneficios materiales que el patrón obtiene

¹⁷ Considérese en este sentido la referencia, ya apuntada (Urk. I, 124:3), en la que Herkhuf señala que él es “quien impone el temor de Horus”, en explícita alusión al monarca, identificado con el dios halcón.

para su cliente implican que éste debe retribuir con la lealtad hacia su patrón¹⁸. No es casual que en repetidas ocasiones en las que Ankhtifi refiere a sus tropas, destaca particularmente su confiabilidad (DAmw n mH-ib: tropas confiables, lit., de corazón pleno). Por lo demás, si están claros los beneficios que Ankhtifi ofrece a sus protegidos, igualmente lo está el riesgo que corren aquellos que no los retribuyen con lealtad:

En cuanto a cada uno sobre los que puse mi mano, nunca les pasó algo (malo), debido al secreto de mi corazón y la excelencia de mis planes; pero en cuanto a todo ignorante y todo miserable que se puso contra mí, recibió de acuerdo con lo que dio (Inscr. 4). En cuanto al que escuchó mi consejo, nunca le pasó algo (malo); el que me escuchó, dio gracias al dios; el que no me escuchó, lo lamentó (Inscr. 13).

De este modo, la potencia de Ankhtifi —expresada tanto en términos de fuerza como de sabiduría y riqueza—, parece investirlo con las atribuciones propias de un patrón. Su capacidad de subordinar no parece manifestarse en el marco del ejercicio legítimo de la coerción —es decir, en su condición de funcionario— sino en el intercambio asimétrico que se entabla con sus subordinados, en donde la protección equivale a la lealtad, y donde la sustracción al pacto no constituye un acto de rebelión sino más bien de traición¹⁹.

Ahora bien, ¿se trata, como propone Assmann, de un cambio en la “semántica cultural”, que a finales del Reino Antiguo produciría el paso “del funcionario al patrón”? ¿Es el patrón un “nuevo actor social”? Hay razones para sospechar que no se trata de una novedad tan radical. La información que proporcionan las prácticas funerarias de las élites del Reino Antiguo tiende a sugerir que las prácticas de patronazgo se hallaban por entonces plenamente vigentes. Por un lado, la iconografía de las tumbas tiende a presentar escenas que sugieren la existencia de grandes households, en los que es común observar lazos de subordinación personal como los que implica el patronazgo. Por otro lado, la disposición de ciertas tumbas de miembros de la élite, acompañadas de tumbas de menor escala, permite inferir un tipo de subordinación entre los ocupantes de unas y otras, que se aprecia tanto para el Reino Antiguo como para el Primer Período Intermedio. Pero principalmente, las propias autobiografías de los

¹⁸ Acerca del carácter recíprocaro pero asimétrico de los vínculos de patronazgo, cf. Eisenstadt y Roniger (1984, 251-263); Gellner et al. (1986 [1977], 13); Pfoh (2006, 171); Campagno (2009b, 348-349).

¹⁹ La referencia al nomo de Edfu en el que interviene Ankhtifi como pr #ww, “casa de Khui” (Inscr. 2) también podría reflejar este tipo de articulación social. En efecto, la percepción del nomo en términos de una casa familiar sugiere la importancia del parentesco pero también la del patronazgo, en la medida en que puede entenderse la “casa” en términos de un *household*, es decir, de un tipo de organización no sólo integrada por parientes sino también por miembros dependientes, ligados a través de relaciones de clientelismo. Al respecto, cf. Maisels (1987, 334, 354; 1990, 166).

funcionarios del Reino Antiguo, más allá de que invariablemente postulan la pertenencia estatal del difunto, también parecen expresar otras relaciones, que no necesariamente siguen una lógica de tipo estatal. En efecto, desde tiempos de la Dinastía V, en los que las autobiografías funerarias se hacen considerablemente más extensas, existen ciertas referencias –participación de miembros de las élites regionales en la corte central, pago de deudas de campesinos empobrecidos– que han sido interpretadas en el sentido de vínculos personales de subordinación²⁰.

De hecho, es en el contexto de tales autobiografías del Reino Antiguo en el que comienzan a extenderse las frases que enfatizan los actos de ayuda al necesitado por parte del funcionario, que se continúan visiblemente en el Primer Período Intermedio, como se advierte en las inscripciones de Ankhtifi. La autobiografía de Herkhuf, ciertamente, forma parte del conjunto de textos del Reino Antiguo en el que tales afirmaciones se enuncian explícitamente:

Yo di pan al hambriento, ropas al desnudo; yo crucé a tierra a quien no tenía barco (Urk. I, 122:6-8).

Si bien podría argumentarse que este tipo de fórmulas corresponde a un recurso expresivo que no necesariamente debía tener un correlato en las prácticas de los funcionarios, lo que interesa aquí es que, en el marco del énfasis permanente en la condición estatal de los funcionarios, es decir, de ejecutores de la voluntad del monarca, hay espacio para apuntar a un tipo de comportamientos que no se infiere directamente de esa condición estatal de los oficiales y que parece mucho más asociable a prácticas organizadas a partir de una lógica diferenciada, como la que corresponde al patronazgo.

Lo parental

Más allá de las referencias a la lógica estatal y a la patronal, las autobiografías de Herkhuf y de Ankhtifi ofrecen ciertos pasajes en los que los criterios que orientan las acciones parecen remitir a otra lógica de organización social, la del parentesco, que es dominante en los contextos no estatales, pero también se halla presente en los escenarios sociales articulados por lo estatal. En efecto, una vez que lo estatal emerge, se presentan diversos ámbitos sociales –desde las comunidades campesinas hasta las representaciones del mundo supraterráneo– cuya organización interna se entabla principalmente en clave de parentesco. Uno de esos ámbitos corresponde, precisamente, a uno de los modos básicos a partir de los que las élites estatales se articulan internamente. Por cierto, en el III milenio a.C., esos lazos parentales coexisten

²⁰ Al respecto, cf. Moreno García (2005; 2009-10); Campagno (en preparación).

con los lazos estatales y los patronales y, por ello, no producen escenarios idénticos a los que es posible suponer para milenios anteriores. Sin embargo, en lo que refiere a los últimos siglos del III milenio a.C., se dibuja una línea de continuidades que no permite trazar un corte entre el Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio.

La tumba de Herkhuf, en este sentido, testimonia en varias ocasiones esta importancia de la lógica parental. En primer lugar, una de las imágenes más destacadas en la entrada de la tumba presenta a Herkhuf ya anciano, provisto de un bastón, frente a un individuo llamado Djemi, quien le aporta una ofrenda. En las inscripciones que acompañan la imagen, se lee: “*su amado hijo mayor*” (zA.f smsw mry.f)²¹. Se aprecia allí que el hijo mayor cumple las obligaciones funerarias respecto de su padre, que constituyen en el Antiguo Egipto uno de los mandatos parentales centrales. Y entre los textos de la autobiografía, puede advertirse que también Herkhuf refiere haber honrado sus obligaciones en este sentido, pues, además de obtener el beneplácito del rey, ha obtenido el de todos sus parientes, incluido su padre, que le otorga sus bienes a través del testamento:

El rey me favoreció, y mi padre ha hecho un testamento (jmt-pr) para mí. Yo soy una persona excelente..., amado de mi padre y favorecido de mi madre, a quien todos sus hermanos aman (Urk. I, 121:17-122:5).

A lo largo de los textos, se advierten pasajes en los que la importancia del parentesco se aprecia de diverso modo, como cuando Herkhuf indica que, en su primer viaje a Iam, el rey lo envió “*junto con su padre, el compañero único, sacerdote lector, Iri*” (Urk, I, 124:10), lo que hace suponer cierta continuidad parental en las actividades estatales, o cuando refiere haber intervenido “*en el caso en que un hijo fue despojado de la herencia de su padre*” (Urk. I, 123:4), en salvaguarda –se sobreentiende– de los derechos parentales. Por lo demás, es el propio monarca quien le comunica que, en retribución por su esmero en tanto ejecutor de la voluntad real, la recompensa de Herkhuf se verá extendida a su línea de descendencia, lo que indica que, si el parentesco puede operar al servicio del Estado, también el Estado puede operar al servicio del parentesco:

Porque tú pasas día y noche pensando en cómo hacer lo que tu señor desea, Su Majestad cumplirá tus excelentes deseos, para beneficiar (Ax) al hijo de tu hijo eternamente (Urk. I, 129:6-9).

²¹ Cf. Breasted (1962 [1906], 154, nota a).

Veamos ahora cómo se presenta la cuestión en la tumba de Ankhtifi. De modo similar a lo que se advierte en la referida representación en la entrada del sepulcro de Herkhuf, la importancia del parentesco también se aprecia en varias escenas descritas en las pinturas murales del nomarca hieracopolitano, así como en algunas de las breves inscripciones que las acompañan. En una escena de navegación, Ankhtifi es flanqueado por cuatro personajes masculinos de menor tamaño, que lo asisten en la tarea. De uno de ellos se preserva su nombre y relación con el nomarca: se trata de su hijo Idy. Probablemente, los otros tres personajes también sean hijos de Ankhtifi. En otras tres escenas, que describen prácticas de caza, de pesca y el banquete funerario, el nomarca es acompañado de su esposa Nebi, cuyo nombre se preserva en dos casos. Finalmente, varias hijas de Ankhtifi lo acompañan en las escenas de caza y en el banquete funerario, de las cuales se identifican por nombre Nebi, Iret (?) y Abkau (Inscr. 16.6, 16.7, 16.13, 16.20). Tanto la esposa como el hijo y las hijas identificadas llevan el epíteto “su amado (mry.f)” o “su amada (mrt.f)”. En el único caso en que el texto se extiende sobre las acciones de estos parientes, se trata de las danzas que celebran sus hijas, y allí se lee: “*ellas hacen lo que ama Hathor en favor de Ankhtifi*” (Inscr. 16.6)²². De este modo, las relaciones de afecto y ayuda mutua que caracterizan a las prácticas parentales²³ se advierten en el entorno inmediato de Ankhtifi, lo que destaca el papel central del parentesco en la trama interna de las élites estatales en el Antiguo Egipto.

Por otra parte, de un modo también compatible con lo que se presenta en la autobiografía de Herkhuf, Ankhtifi refiere una visita a su nomo del “*consejo (onbt) del gobernador del Sud que reside en el nomo tinita para pedir la palabra de (mi padre), el gobernante, jefe de sacerdotes, gran jefe del nomo de Hieracópolis, Hetep*” (Inscr. 5). Y una de las inscripciones ligadas a las representaciones murales refiere a “*su hijo amado, el gobernante del nomo de Hieracópolis en su totalidad, Idy*” (Inscr. 16.20). De tal modo, se advierte una doble sucesión de padre a hijo en el ejercicio del más alto cargo estatal a nivel del nomo, que expresa la importancia de la posición parental en el acceso a los cargos de gestión política, una tendencia firme al menos desde la Dinastía VI.

Pero más allá de esta caracterización de la familia de Ankhtifi, la lógica del parentesco parece extenderse hacia dominios más amplios. Cuando refiere a la ya aludida intervención en el vecino nomo de Edfu, el nomarca señala:

²² Sobre el análisis de estas escenas, cf. Vandier (1950, 13-18). Cf. Morenz (2009-10, 185-187).

²³ Cf., por ejemplo, Fortes (1969, Cap. XII). Sobre las relaciones entre reciprocidad y parentesco, cf. Sahlins (1983 [1974], Cap. 2).

Yo hice que un hombre abrazara a aquél que había matado a su padre o a aquél que había matado a su hermano” (Inscr. 2).

Y respecto de una terrible hambruna que habría azotado al Alto Egipto, declara:

“El Alto Egipto entero moría de hambre, cada hombre se comía a sus niños [...] Nunca permití que sucediera que alguien muriera de hambre en este nomo [...] No se encuentra nada similar (que haya sido hecho) por mis padres y ancestros (Inscr. 10).

Estas afirmaciones resultan muy interesantes porque en ambas aparece el parentesco como parámetro central para la ponderación de las acciones del nomarca. Por un lado, para describir el caos que parece reinar en Edfu antes de su intervención, las matanzas son identificadas en clave de parentesco. Y por el otro lado, para caracterizar la devastadora hambruna, Ankhtifi indica que, faltos de otros alimentos, los hombres llegan al punto de comerse a sus propios hijos. No hace falta discutir acerca de la veracidad de estas referencias: lo que interesa destacar aquí es que esas situaciones son presentadas como escenarios caóticos, y que ese caos violenta dramáticamente la vigencia de la lógica del parentesco. Es cierto que la intervención de Ankhtifi va más allá de lo esperable según la lógica parental²⁴, pero está claro que el contexto de tal intervención remite a un horizonte parental. En cuanto al escenario de la hambruna, además, al calificar su respuesta ante la crisis, Ankhtifi nuevamente recurre al contexto parental: si su accionar ha sido superador respecto de cuanto se hubiera hecho en el pasado, ese accionar se pondera no respecto del pasado en general sino de aquello que ha sido hecho por sus ascendientes. Así, en ambas situaciones, el parentesco aparece como el telón de fondo que realza los logros del nomarca hieracompolitano.

Balance: lógicas sociales y ontología histórica

Así pues, el análisis de los modos en que se expresan lo estatal, lo patronal y lo parental en las autobiografías de Herkhuf y de Ankhtifi permite advertir, a partir de las semejanzas y de las variaciones en un mismo género textual, el impacto que produce la crisis del dispositivo estatal central sobre las principales dinámicas de estructuración social hacia finales del III milenio a.C. En tal sentido, todo indica que no se trata de una continuidad más o menos

²⁴ Es interesante advertir que las acciones de Ankhtifi en estos contextos parentales parecen apoyarse en otros principios, que son aquellos que lo invisten con su carácter de “héroe sin igual”, es decir, los que corresponden a su condición de patrón. Por ello, su intervención puede detener la operatoria parental (la esperable *vendetta* como respuesta al asesinato de un pariente) o reponer su vigencia (impidiendo el filicidio por hambre). Se trata de dos modos posibles de resolver la articulación entre dos lógicas disímiles de articulación social. Al respecto, cf. Campagno (2011).

directa, aunque en una escala menor, de la forma en la que la lógica estatal había configurado el escenario social dominante durante el Reino Antiguo, pues la dinámica asociada al patronazgo parece haber cobrado una presencia mucho más decisiva en esos dos últimos siglos del III milenio a.C. Sin embargo, el patronazgo tampoco parece constituir un tipo de práctica radicalmente nueva, toda vez que se encuentra sugerida, entre otros contextos, en las prácticas de los propios funcionarios estatales durante los siglos anteriores. Y por cierto, la importancia de lo estatal y de lo patronal durante el Primer Período Intermedio indica que tampoco se trata de un “retorno” a la época pre-estatal, si bien la lógica del parentesco –tan importante en la organización comunitaria de las sociedades pre-estatales como en la articulación interna de las élites y los ámbitos aldeanos de tiempos estatales– también resulta central para comprender las formas de lo social en esta época de crisis.

En este sentido, la continuidad de las prácticas asociadas al Estado, al patronazgo y al parentesco durante la crisis política que tiene lugar a finales del Reino Antiguo sugiere que tal crisis no produce cambios drásticos en el plano de las principales dinámicas sociales. Sin embargo, tampoco se trata de continuidades plenas. En efecto, sólo por mencionar aquello que es más evidente, está claro que el patronazgo adquiere una mayor centralidad tanto en los modos de estructuración social como en los de simbolización de la autoridad social y política. Y que esa centralidad mayor implica también reordenamientos en los modos en que lo estatal y lo parental actúan como dinámicas productoras de lazo social. Así, lo que parece producir la fragmentación política de los últimos siglos del III milenio a.C. no es un colapso al que sucedería una organización completamente nueva sino un nuevo balance en los modos de acople de las lógicas preexistentes de estructuración social.

¿Por qué ciertas percepciones corrientes del paso del Reino Antiguo al Primer Período Intermedio insisten en sugerir un escenario descrito en términos de “colapso”? Más allá de las variantes entre las diversas caracterizaciones, es posible notar que, en general, suelen ser solidarias en su concepción ontológica acerca de lo histórico. No es éste el lugar para una consideración en profundidad de tal problema. Pero puede señalarse, al menos, que subyace a todas ellas cierta visión “cosista” de lo instituido: los individuos, las instituciones, los períodos son percibidos en tanto objetos “naturales”, homogéneos, discretos, de modo tal que las propiedades que los caracterizan definen algo así como las esencias de tales objetos²⁵. Las homogeneidades resultantes de esos procedimientos generan la falsa impresión de que las

²⁵ Acerca de la visión “cosista” de lo instituido, cf. Lyotard (1989 [1979], 46). Sobre la noción de “hacer instituyente”, cf. Veyne (1984 [1978], 215; cf. pp. 199-238). Esta perspectiva ha sido propuesta en Campagno (2002, 65-66, 82-85).

cosas son “en sí”, sostenidas por unas propiedades que las tornan macizas. Cuando esas propiedades no se registran, todo parece “colapsar”. Bajo semejante percepción, la crisis del dispositivo estatal central dominante durante la mayor parte del III milenio a.C. es interpretada como el final de toda una época y una sociedad porque –de un modo más o menos espontáneo– se acepta que ese dispositivo constituye la “esencia” de esa época y esa sociedad.

Sin embargo, tan pronto se abandona esa visión cosista, el panorama cambia. Un punto de vista como el que se ha intentado proponer aquí, a partir de las prácticas y las lógicas sociales, proporciona otra perspectiva ontológica acerca de la índole de lo histórico-social, que desnaturaliza ese tipo de objetos “en sí” y permite interpretar a partir del “hacer instituyente”, antes que de aquello que se presenta como instituido. Desde esta perspectiva, es posible notar que esas entidades usualmente interpretadas como portadoras de una esencia que propulsa unos modos de ser y de hacer pueden, en rigor, estar implicadas simultáneamente en una diversidad de prácticas, que las construyen como tales entidades y las integran en distintas lógicas sociales. Así, el estudio del cambio histórico se centra en las condiciones que conducen al cese de la reproducción de una práctica, a la emergencia de prácticas nuevas, o a la configuración y reconfiguración de lógicas sociales, lo que no da lugar a la percepción de completos colapsos de sociedades o épocas. Esa misma crisis del dispositivo estatal central, que las miradas tradicionales perciben en términos de catástrofe, se puede advertir entonces como una dinámica que genera nuevos modos de articulación entre lógicas sociales que se hallan presentes tanto antes como después de tal crisis.

La percepción de lo histórico a partir de las prácticas permite sustraerse de la atribución de esencias absolutas a cualquier entidad, desde los individuos hasta las épocas. ¿Es, pongamos por caso, Pepi II un rey? Sí, ciertamente, pero, ¿es sólo eso? ¿No es acaso también un padre, o un devoto de los dioses? Se podrá argüir que lo primero es más decisivo, pero eso sólo puede determinarse en función de las prácticas que el análisis considera. Del mismo modo, Herkhuf y Ankhtifi no son *sólo* funcionarios, así como tampoco son *sólo* patrones, o *sólo* parientes. Son todo eso, en función de las prácticas en las que se implican y de las lógicas que en cada situación los interpelan. En cuanto a las épocas, el análisis centrado en las prácticas permite sustraerse de la presunción de homogeneidad para denominadores temporales tales como “Reino Antiguo” y “Primer Período Intermedio”, una presunción que es solidaria con la idea de un colapso general como modo de pasaje de una entidad a la otra. Por cierto, más allá de la utilidad operativa de tales denominadores como referencias de periodización general, el cese de la reproducción de un ordenamiento político bien puede ser

un criterio para secuenciar históricamente. Pero ha de tenerse presente que la selección de tal crisis como criterio de secuenciación corresponde a una estrategia analítica, no a la esencia de lo histórico. Dicho de otro modo, tampoco hay épocas “en sí” sino en función de los problemas que el historiador decide considerar.

Bibliografía

- ANDREU, G. (1997 [1994]). *Egypt in the Age of Pyramids*, Ithaca.
- ASSMANN, J. (2002 [1996]). *The mind of Egypt. History and meaning in the time of the pharaohs*, Cambridge MA / London.
- BREASTED, H. (1962 [1906]). *Ancient Records of Egypt*, vol. I, New York.
- CAMPAGNO, M. (2002). *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto*, Aula Ægyptiaca Studia 3, Barcelona.
- CAMPAGNO, M. (2006). “De los modos de organización social en el Antiguo Egipto: Lógica de parentesco, lógica de Estado”, en Campagno, M. (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto*, Buenos Aires, 15-50.
- CAMPAGNO, M. (2009a). “Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas: A modo de introducción”, en Campagno, M. (ed.), *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*, Buenos Aires, 7-24.
- CAMPAGNO, M. (2009b). “Tres modos de existencia política: jefatura, patronazgo y Estado”, en Campagno, M. (ed.), *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*. Buenos Aires, 341-351.
- CAMPAGNO, M. (2011). “Lo patronal, lo estatal y lo parental en la Autobiografía de Ankhtifi de Mo‘alla”, *Antiguo Oriente* 9, 85-102.
- CAMPAGNO, M. (en preparación). “Del patronazgo y otras lógicas de organización social en el valle del Nilo durante el III milenio a.C.”.
- COULON, L. (1997). “Véracité et rhétorique dans les autobiographies égyptiennes de la Première Période Intermediaire”, *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale* 97, 109-138.
- DANERI DE RODRIGO, A. (1992). *Las Dinastías VII-VIII y el período heracleopoitano en Egipto. Problemas de reconstrucción histórica de una época de crisis*, Colección Estudios 3, Buenos Aires.
- DIAMOND, J. (2005). *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, New York.
- DRIOTON, E. y VANDIER, J. (1964 [1952]). *Historia de Egipto*, Buenos Aires.
- EISENSTADT, S.N. y RONIGER, L. (1984). *Patrons, Clients and Friends. Interpersonal Relations and the Structure of Trust in Society*, Cambridge.
- FORTES, M. (1969). *Kinship and the Social Order*, London.
- FRANKE, D. (2001). “First Intermediate Period”, en Redford, D.B. (ed.), *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, vol. I, Oxford, 526-532.
- FRANKE, D. (2006). “Fürsorge und Patronat in der Ersten Zwischenzeit und im Mittleren Reich”, *Studien zur Altägyptischen Kultur* 34, 159-185.
- GELLNER, E. (y otros) (1986 [1977]). *Patronos y clientes*, Gijón.
- HASSAN, F. (2011). “The Fall of the Egyptian Old Kingdom”, en *BBC History*. Última actualización: 17/02/ 2011
http://www.bbc.co.uk/history/ancient/egyptians/apocalypse_egypt_01.shtml).
- KEMP, B.J. (2006). *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilization*, 2nd ed., London / New York.
- LICHTHEIM, M. (1973). *Ancient Egyptian Literature*, vol. I, Berkeley.
- LYOTARD, F. (1989 [1979]). *La condición postmoderna*, Barcelona.

- MAISELS, Ch. (1987). "Models of Social Evolution: Trajectories from the Neolithic to the State", *Man (N.S.)* 22, 331-359.
- MAISELS, Ch. (1990). *The Emergence of Civilization. From Hunting and Gathering to Agriculture, Cities, and the State in the Near East*, London.
- MCANANY, P.A. y YOFFEE, N. (eds.) (2010). *Questioning Collapse. Human Resilience, Ecological Vulnerability, and the Aftermath of Empire*, Cambridge / New York.
- MORENO GARCÍA, J.C. (2004). *Egipto en el Imperio Antiguo (2650-2150 antes de Cristo)*, Barcelona.
- MORENO GARCÍA, J.C. (2005). "Élites provinciales, transformations sociales et idéologie à la fin de l'Ancien Empire et à la Première Période Intermédiaire", en Berger el-Naggar, C. y Pantalacci, L. (eds.), *Des Néferkarê aux Montouhotep. Travaux archéologiques en cours sur la fin de la VIe dynastie et la Première Période Intermédiaire*, Travaux de la Maison de l'Orient 40, Lyon, 215-228.
- MORENO GARCÍA, J.C. (2009). "El Primer Período Intermedio", en Parra, J.M. (ed.), *El Antiguo Egipto*, Madrid, 181-208.
- MORENO GARCÍA, J.C. (2009-10). "Introduction. Élités et états tributaires: le cas de l'Égypte pharaonique", en Moreno García, J.C. (ed.), *Élites et pouvoir en Égypte ancienne = Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille* 28, 11-50.
- MORENZ, L.D. (2009-10). "Power and Status. Ankhtifi the Hero, founder of a New Residence?", en Moreno García, J.C. (ed.), *Élites et pouvoir en Égypte ancienne = Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille* 28, 177-192.
- MORRIS, E. (2006). "'Lo, Nobles Lament, the Poor Rejoice'. State Formation in the Wake of Social Flux", en Schwartz, G.M. y Nichols, J.J. (eds.), *After Collapse: The Regeneration of Complex Societies*, Tucson, 58-71.
- PFOH, E. (2006). "Reyes y 'parientes' en la época de El Amarna en Palestina", en Campagno, M. (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto*, Buenos Aires, 167-188.
- SAHLINS, M. (1983 [1974]). *Economía en la edad de piedra*, Madrid.
- SCHENKEL, W. (1965). *Memphis – Herakleopolis – Theben. Die epigraphischen Zeugnisse der 7.-11. Dynastie Ägyptens*, Ägyptologische Abhandlungen 12, Wiesbaden.
- SEIDLMAYER, S. (2000). "The First Intermediate Period (c. 2160-2055 bc)", en Shaw, I. (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford, 118-147.
- SPANIEL, D. (1984). "The Date of Ankhtifi of Mo'alla", *Göttingen Miszellen* 78, 87-94.
- STRUDWICK, N. (2005). *Texts from the Pyramid Age*, Writings of the Ancient World 16, Atlanta.
- TAINTER, J.A. (1988). *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge / New York.
- TAINTER, J.A. (1999). "Post-Collapse Societies", en Barker, G. (ed.), *Companion Encyclopaedia of Archaeology*, vol. 1, London / New York, 988-1039.
- URK. I = SETHE, K. (1933). *Urkunden des Alten Reichs*, vol. I, Leipzig.
- VANDIER, J. (1950). *Mo'alla. La tombe d'Ankhtifi et la tombe de Sebekhotep*, Bibliothèque d'Étude 18, Le Caire.
- VERCOUTTER, J. (1986 [1965]). "El fin del Imperio Antiguo y el Primer Período Intemedio", en Cassin, E., Bottéro, J. y Vercoutter, J. (eds.), *Los Imperios del Antiguo Oriente I. Del Paleolítico a la mitad del Segundo Milenio*, México, 249-270.
- VEYNE, P. (1984 [1978]). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid.
- WILSON, J. (1988 [1951]). *La cultura egipcia*, México.